



Crónica Literaria

Por ALONE

Releyendo a Encina

Los únicos libros indiscutiblemente dignos de ser leídos son los que, al cabo de algunos años, se pueden releer.

Confesaré que me vería muy confuso si se me preguntara cuáles obras chilenas considero merecedoras de ese honor.

Por de pronto, habría que excluir a los poetas: cuando, en verdad, son grandes, se les aprende de memoria. A un lado.

Asimismo las obras de imaginación, novelas o cuentos: dicha una palabra, sobran las demás.

¿Entonces, sólo la Historia?

Según y cómo.

No, evidentemente, la historia objetiva y documental perteneciente al género útil, que es casi una ciencia exacta: la segunda lectura requiere cierta indecisión, exige algunos elementos discutibles: como que la materia haya sido pensada y se mencie al ensayo, a la filosofía, incluso, ¿por qué no? a la metafísica.

Es nombrar las obras de don Francisco Encina.

Si se hubiera limitado a comprobar los hechos y establecerlos matemáticamente, tal vez ya tendría por ahí su estatua: su temperamento no se lo permitía. Necesitaba discrepar, discutir, innovar, sentía profundamente y vastamente a Chile y su fenomenal capacidad de estudio le abría miles de sendas para conocerlo en extensión y en profundidad. Tenía algo de mago, de brujo.

La fabulosa carestía de los libros habrá inducido, seguramente, a muchos que no pueden prescindir de este manjar a efectuar sendos en sus bibliotecas de viejos volúmenes, entendiendo por tales los de treinta o más años atrás.

Entre los más conocidos, a veces ¡qué novedades hay, cuántas sorpresas!

No aquí los primeros tomos de la Historia de Chile de Encina, los de la Conquista y el alboroto colonial. Diríase que los años hacen mirarlos a una nueva luz, que algo ha cambiado en esas páginas robustas y terminantes, de las que ahora brota un nuevo interés.

La feroz indomable del guerrero araucano suena, ciertamente, a música sabida: pero frente a ella un elemento aparece al que no concedíamos verdadera importancia y que, hoy repercute en otro de actualidad con el cual una serie de afinidades muestran inesperadas coincidencias.

Ha sido siempre para los chilenos un misterio, aunque están orgullosos, la pasmosa duración de la guerra de Arauco. Madrid no lo pudo entender. Ya Felipe II anotaba con estupeor que este pequeño pedazo de tierra le consumía la flor de sus gumeas. Y también, ¡ay!, los tesoros que venían del Perú. ¿Cuál era el secreto de esa prolongación desmesurada? Todas las supererididades humanas parecían de parte de los españoles. Sin embargo los primeros soldados del mundo no podían con los de este último rincón, pese a la desigual ayuda que les prestaron con mortífera eficacia, hasta mermarles un tercio de su población, la viruela, sarampión y otras pestes, azote de los indígenas.

Pues bien, léanse los segundos y terceros tomos de la Historia de Encina y póngase atención en la figura del jesuita Padre Luis de Valdivia: gran parte de la incógnita se despeja al par que surge una admirable similitud con el fenómeno capital de nuestra política más reciente.

Se trata de la diferencia entre místicos y realistas, entre los que ven las cosas como son y los que las miran a través de imágenes previas, embellecedoras y deformantes.

Ahí, en los distintos cerebros, es donde se daba la verdadera lucha.

Sostenían los unos, llenos de caridad con el adversario, que su indomable ferocidad se debía exclusivamente al mal trato que recibían de los españoles, particularmente, a la institución del "servicio personal", que los obligaba al trabajo. Predicaban el Evangelio con verdadero amor y se les veía, convertidos a la verdadera fe, marchar como corderos detrás de los pastores. Todo era cuestión de elegancia y de fe.

Desde el punto de vista teórico, no cabe duda de que en aquella tesis había mucho paño que cortar. Empezando por la raíz: bastaría pedirles a los conquistadores del Nuevo Mundo sus títulos para invadirlo y ya tendríamos para largo.

Pero no se trata de teorías, sino de la realidad, de la más dura y cruenta, de la menos discutible, como que a los colonos les iba la vida y la muerte, la arremetividad y valentía de los araucanos, su capacidad de rehacerse cuando parecían deshechos y, sobre todo el contraste que formaban con los indígenas del resto de América, aun los más civilizados, como los aztecas y los peruanos, esa evidencia que debía saltarles a la vista, precisamente ésa era la que no veían, los llevaba de pasmo y no podían aceptar.

Nadie niega, por cierto, la inteligencia del Padre Luis Valdivia, astuto, flexible, tenaz y dotado de cualidades extraordinarias que lo impusieron, por desgracia, en la Corte de Madrid en el virreinato del Perú. Ambicioso, además, amante del poder y con el sueño de convertir a Chile en otro Paraguay, sin embargo, no se le puede tachar de malo: eran sus creencias.

Analizándolo más se advierte que visible y repetidamente hizo mártires: pero no se lanzó al martirio y logró escapar, eludiendo las ocasiones de probar su tesis marchando con sus emisarios a las conferencias pacíficas convenidas con el enemigo. Siempre mandó a otros y cada uno tuvo su corona sangrienta. El estaba tan poseído de su idea y embalsamado con su victoria que, pese a repetidas y prudentes advertencias, envió a un paje de dieciocho años con una carta que le obligaba a cruzar la zona más peligrosa en las cercanías de Angol, de donde más protestas de amistad le venían, para participarle pronto la demolición del fuerte próximo, gran noticia hacia inútiles las precauciones habituales. Apenas el mozo se apartó de Concepción y estuvo con sus recientes amigos, llevólos éstos a una ermitencia donde se convocó a una gran multitud para que presenciara la ceremonia que iban a desarrollar. Plantaron primero un gran poste lo suficientemente firme para sostener a un hombre, desnudaron enseguida al joven mensajero y le ataron a la altura necesaria para poderlo alcanzar y, enseguida, prendieron a sus pies una fogata y, entre los alaridos y las súplicas que lanzaba la víctima, procedieron a comerse las trancas de piernas que estaban a punto antes que el paje pereciera.

Tal martirio fue juzgado por Valdivia como señal del favor de Dios y la consagración de su política.

Esta, que en la historia figura como la guerra defensiva, la juzga Encina como la principal de las causas que hicieron interminable la guerra de Arauco.

Pocos hechos hay en la Historia que demuestran de un modo tan palpable la tenacidad de una idea fija. Encina la atribuye a una neurrosis del Padre Valdivia: Su desenfrenada ambición de mando le ponía una venda sobre los ojos. Con las influencias de que la Compañía disponía en Madrid no le era difícil convencer a los reyes de que sólo la guerra defensiva, la política de los brazos abiertos, "la apertura a sinistru", "la distensión", podían lograr el apaciguamiento de los indígenas, sin tomar en cuenta el distinto grado de su evolución mental y su ausencia de ideas morales siquiera parecidas a las del cristianismo.

La realidad no puede nada contra un cerebro obsesionado. Diríase que en su interior se proyecta la imagen de otra realidad, un cuadro de donde se han borrado todas las tintas negras para quedar únicamente los matices celestes.

No hay necesidad de señalar analogías. Los místicos, visionarios y alucinados de ayer son exactamente los mismos de hoy, tan empeñados como ellos en pactar con un enemigo que sólo aguarda el momento favorable para atrometer contra el adversario.

Cuando el lector de la Historia de Encina coge esa hebra, todo el tejido vibra y, renovado, la segunda lectura supera el interés de la primera.

Crónica literaria [artículo] Alone.

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1975

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Crónica literaria [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile